

océano de la eternidad, ¿ha sido turbado por mí con algun pecado? ¿Qué es lo que he hecho por Dios y para mi alma? ¿Soy mejor al fin de este año de lo que lo era en su principio? ¿De qué defecto me he corregido? ¿Qué virtud he adquirido? Si me fuese preciso dar cuentas, ¿qué méritos podria presentar? Y sin embargo, ¡cuántas y cuántas gracias he recibido!

La víspera y el día de año nuevo es conveniente confesar y comulgar como en viático; para ello se hace un exámen de un cuarto de hora, se rezan las oraciones de los agonizantes, y se hace la preparacion para la muerte; en una palabra, se procuran arreglar los asuntos de la conciencia, del mismo modo que los negociantes arreglan en la misma época las operaciones de su comercio. ¿Hasta cuando, Dios mio, serán mas precavidos los hijos del siglo que los hijos de la luz?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber derramado por mí las primeras gotas de vuestra sangre el dia de la circuncision; inspiradme un gran respeto y una ilimitada confianza en vuestro santísimo nombre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pronunciaré cada mañana al despertarme los santísimos nombres de Jesús y de Maria.*

LECCION XXX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Epifanía. — Sabiduría y utilidad del culto del niño Jesús. — Objeto de la fiesta de la Epifanía. — Tres manifestaciones del Salvador. — Número de los Magos. — Su profesion. — Estrella milagrosa. — Profecía de Balaam. — Antigüedad de la fiesta de la Epifanía. — Obligacion y modo de celebrarla. — Imitar á los Magos. — Anuncio de Pascua. — Torta de los Reyes.

Seis dias despues de la fiesta de la Circuncision agitan los aires el grave sonido de las campanas de las antiguas catedrales y el chillon y alegre campaneó de las aldeas; el campesino viste su traje de fiesta; el habitante de las ciudades se acicala mas que de costumbre; una numerosa muchedumbre llena las calles y caminos que conducen á la iglesia; nuestros altares ostentan una pompa extraordinaria; celébrase una nueva fiesta, y por la tercera vez en quince dias la Iglesia convoca á sus hijos en el establo de Belen. ¡Ah! los misterios de amor se suceden rápidamente en el asilo del Dios recién nacido.

I. Utilidad del culto del niño Jesús. — ¿Por qué, pregunta el hombre de mundo, ignorante y ligero; por qué poner sin cesar á la vista el triste espectáculo de ese pesebre, de ese establo, de ese Niño que llora y que sufre? El culto católico solo inspira lúgubres y amargos pensamientos; presenta sin cesar á la imaginacion de sus discípulos la vida pobre de Jesús; en una palabra, es un culto de tristeza y monotonía, inferior en mucho á la supersticion idólatra, la eual al menos solo ofrecia á los gentiles risueñas imágenes del placer y de la voluptuosidad.

Estos son los cargos; hé aquí nuestra defensa:

Es cierto que el Catolicismo nos recuerda sin cesar la vida pobre de Jesús; mas ¿qué ves en semejante moral, sabio del siglo, para escandalizarte tanto? Interroga la experiencia, da una mirada á la sociedad, y dime si esta moral, mejor que tus declamaciones, no conduce al hombre al desprecio de las riquezas y de los honores, al respeto de la indigencia? Su sueño favorito es la igualdad entre los miembros de la gran familia humana; pues bien, dime: ¿no es esta

moral una exhortacion mas persuasiva que tus discursos, mas eficaz que tus constituciones y planes, para la igualdad primitiva de los hijos de Adan? ¿No da al hombre, por ventura, mejor que tus libros, la justa idea de los verdaderos bienes que debe desear y de los verdaderos males que debe temer? ¿No es acaso para los ricos y grandes el mas poderoso de todos los motivos para acercarse al pobre, para mirarle como su mediador en el orden religioso, para no envanecerse con un rango, con una fortuna ó con un crédito que despreciaron el Hijo de Dios y los mas justos mortales?

Y para los pobres y oprimidos, para aquellos que sufren y lloran, para aquellos que rechazados del mundo no tienen otro testigo de sus males que Dios, y su número es grande, ¡bien lo sabes! para tantos infortunados, ¿se puede imaginar algo mas consolador que el establo del Dios Niño, sus miserables pañales y la desnudez de su cuna? Pretender arrebatar su culto á los desgraciados, pretender despojarles de la divina cuna, de los preciosos pañales, del miserable pesebre, ¿es, ó filósofo, mostrarte el bienhechor de la humanidad ó su mas cruel enemigo? Mientras que en medio de tus suntuosas habitaciones, de tus encantadores espectáculos y de tus espléndidos festines, arrostras los rigores del invierno, deja á la Religion que consuele al pobre que carece de fuego y de pan, mostrándole á un niño, su modelo y su Dios, que tiritaba de frio y que llora!

Dices además que el culto gentil era superior al nuestro en cuanto ofrecia las risueñas imágenes del placer y de la voluptuosidad.

Confieso que el culto de un Júpiter abominable, de una Vénus impúdica, tendria mas atractivo para los voluptuosos; el culto de Juno agradaria mas á los vengativos; el de Baco á los bebedores; el de Pluto á los avaros, en una palabra, cada pasion, cada vicio gustaria de verse deificado en el objeto de sus deseos: mas dime: ¿es este el medio de hacer al hombre mejor, y por consiguiente mas feliz, á la sociedad mas moral, y por consiguiente mas tranquila y fuerte? ¿Por ventura no es el hombre muy inclinado al mal, sin ser excitado á él por el ejemplo de sus dioses? Dices que el Gentilismo era mas halagüeño; mas ¿ha sido establecida la Religion para divertirnos y distraernos, ó para glorificar á Dios y hacernos mejores? El Gentilismo era en la apariencia mas halagüeño, pero interiormente ¿hacia al hombre mas feliz? ¿Confundirás acaso los tumultuosos placeres del mundo con los tranquilos goces del espíritu y del co-

razon? Concedo que el Gentilismo era pródigo de los primeros, mas ignoraba los segundos, al contrario de lo que sucede en el Cristianismo: éste guia al hombre á la felicidad por una senda mas segura, la de las privaciones; para procurarle el sentimiento de la dicha no le hace salir de sí mismo, pues aquel sentimiento está en nosotros y no fuera de nosotros; en el interior del hombre ha cifrado la verdadera Religion sus mas puros placeres, haciendo encontrar las nobles delicias de la virtud, el contento de sí mismo, la paz íntima, la tranquilidad de una buena conciencia que nada puede suplir, y que jamás conocieron los adoradores de los falsos dioses ni los panegiristas del error¹.

Dejemos desvariar al impío, y sigamos nosotros á la Iglesia hasta Belen; hoy es la fiesta de los Reyes ó de la Epifanía, es decir, la Manifestacion de Jesucristo.

II. Fiesta de la Epifanía.— En este gran dia, la Iglesia celebra tres manifestaciones del Hijo de Dios: la primera se verificó en su bautismo, cuando el Espíritu descendió visiblemente sobre él en forma de paloma, oyéndose una voz que decia: *Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido*²; la segunda tuvo lugar en las bodas de Caná en que Jesucristo obró su primer milagro convirtiendo el agua en vino, con cuyo milagro manifestó su gloria y á consecuencia del cual sus discípulos creyeron en él; la tercera y la mas célebre es aquella por la que el divino Niño se manifestó á los gentiles y recibió la adoracion de los Magos.

La reunion en un mismo dia de las tres conmemoraciones dichas data de muy remota antigüedad, y parece que en el establecimiento de esta triple fiesta de la *Epifanía*, ó de la *manifestacion del Salvador*, la Iglesia participó de la opinion de algunos santos Padres, que creyeron que los tres misterios podian haber sucedido en un dia³.

Sin embargo, domina de tal modo la idea del Salvador adorado en el pesebre por los Reyes ó los Magos, que ha dado su nombre á la fiesta y se halla casi exclusivamente en el oficio ó en los himnos de la solemnidad del dia 6 de enero. En efecto, la manifestacion de Jesús á los gentiles fué un acontecimiento inmenso que cambió la faz del mundo: desde los tiempos inmediatos al diluvio las nacio-

¹ Véase á Jauffret, *Del culto público*, pág. 199.

² Matth. iii, 17.

³ Véase á Bened. XIV, *De festis Dom.* c. 2, pág. 17 y 59.

nes, extraviadas en sus sendas, humilladas delante de los ídolos, se hallaban envueltas en las tinieblas de la muerte; la historia nos refiere su abyección y sus sufrimientos; solo un pueblo, depositario de la verdadera Religión, vivía feliz bajo el imperio del mismo Dios. Sin embargo, la misericordia abogó en el cielo por la causa de las naciones; la ganó, el niño Salvador nació en Belén, y al llamar al rededor de su cuna á los extranjeros y á los gentiles, Dios quiso manifestar que todos los hombres, las naciones todas, estaban destinadas á conocer á su Hijo, á amarle y á servirle.

Desde el día en que los Magos de Oriente fueron á adorar al Hijo de María, no hubo mas privilegio de naciones, mas pueblo *de Dios aparte*: el pueblo de Jesucristo fueron los pueblos todos; la *nación elegida*, las naciones todas, de modo que la fiesta de la Adoración de los Magos es la nuestra, pues descendemos de los que fueron desde tan léjos á adorar al Deseado de las naciones; nuestros padres no eran poseedores de la tierra de Canaan, y para conducirles á ella, apareció una estrella y marchó delante de ellos, como en otro tiempo la columna de fuego guiara á los soldados de Moisés. Por semejante prodigio debemos inmensa gratitud á Dios, pues sin la estrella que hizo brillar á sus ojos, habríamos permanecido envueltos en las tinieblas y en las sombras de la muerte; así pues, cada año, al llegar el día de Reyes, dirijámonos al pié de los altares que recuerdan el pesebre de Belén, adoremos al que nació para salvarnos á todos, y no nos desalentemos por no tener mirra, incienso ni oro que ofrecerle; recordemos que los pastores adoraron antes que los Magos ó los Reyes al Hijo de María, y que no le tributaron mas homenaje que el de su pureza y el de su fe ¹.

En la parte II del Catecismo hemos descrito el viaje de los Magos ²; réstanos ahora dar algunos detalles acerca de sus personas y de la estrella que les sirvió de guía, pues en semejante materia nada hay que no sea interesante. «La Iglesia, dice el autor de la *Historia de las fiestas cristianas*, hace profesión de no saber respecto de «los Magos otra cosa de lo que dice el Evangelio, y cree únicamente «que despues de regresar á su país, tuvieron gran cuidado de conservar y de hacer provechosa la gracia que habian recibido, y que «despues de haber anunciado á Jesucristo en la tierra con sus pa-

¹ Cuadro poético de las fiestas, pág. 79.

² Lección II.

«labras y con el ejemplo de su vida, alcanzaron la gloria del «cielo ¹.»

Sin embargo una antiquísima tradición dice que eran en número de tres, y que eran reyes ²; otra los designa bajo los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. Melchor, el primero de los Magos, refiere dicha tradición, era un anciano calvo, con poblada barba y largos cabellos blancos; cuando se prosternó ante el Niño anunciado por la estrella llevaba una túnica de color de jacinto ó azul celeste, un manto amarillo ó de color de naranja, unas sandalias de mezcla de azul y de blanco, y un manto real de diferentes colores. Melchor ofreció oro á Jesucristo.

El segundo mago se llamaba Gaspar; era joven, barbilampiño y muy blanco; vestía una túnica anaranjada y un manto encarnado; sus sandalias eran de color de jacinto; para reconocer la divinidad de Jesucristo ofrecióle incienso.

El tercero se llamaba Baltasar; era moreno, llevaba una larga barba y vestía una túnica roja y un manto listado; sus sandalias eran amarillas, y ofreció mirra á su Salvador para indicar su mortalidad ³. Esta tradición puede ser objeto de una piadosa creencia, pero no de una fe obligatoria.

En cuanto á la profesión de los Magos, se cree que eran reyes, y que hacían un particular estudio de la astronomía ⁴; versados en las antiguas tradiciones, reconocieron en la estrella milagrosa la estrella profetizada por Balaam quince siglos antes. Es sabido que á su entrada en la tierra prometida, bajo el mando de Josué, los israelitas consiguieron victoria sobre victoria, y las noticias de sus triunfos, y mas aun los milagros que habia obrado Dios en su favor durante el paso del desierto, sembraron entre los pueblos de Canaan

¹ Cum Magi reversi fuissent, manserunt colentes et glorificantes Deum, studiosius magis quam primum, et prædicarunt omnibus in genere suo, et multos erudierunt. Denique cum post resurrectionem Domini Thomas apostolus isset in provinciam illam, adjuncti sunt ei, et baptizati ab eo, facti sunt adjutores prædicationis illius. (*Auct. oper. imperf. homil. II in Matth.*; Sandini, p. 49).

² Cæsar. *Serm. CXXXIX*; Leo, *Serm. I, IV, V, et passim*.

³ Casaub. in Baron. et Bolland. *Maii*, t. I, pág. 7, 8, y Benedicto XIV: Tres illos fuisse docet recepta in Ecclesia sententia. (*Epiph.* pág. 22, n. 7, 8; Sandini, *Hist. famil. sacr.*, pág. 30 et seq.).

⁴ Benedicto XIV sostiene y establece la opinion de su carácter de reyes, (*Id.* n. 11).

el mayor desaliento: los moabitas quedaron aterrizados, así es que su rey Balac, pensando en los medios de salvacion, resolvió oponer á tan temible nacion otros obstáculos que los impotentes esfuerzos de sus armas.

Para ello envió diputados á Balaam, hijo de Beor, residente en Pethor, á orillas del Eufrates, en Mesopotamia, que pasaba por encantador y adivino, y tomando uno de los enviados la palabra, díjole en nombre del rey su señor: «Un pueblo salido de Egipto cubre toda la faz de la tierra y está acampado cerca de mí. Ven, pues, «á maldecir á este pueblo mas fuerte que yo, á fin de que intente «si por algun medio podré vencerle y lanzarle de mis tierras, pues «sé que bendito será el que tú bendigas, y maldito aquel que mal- «dijeres.»

Balaam se puso en camino, y al dia siguiente de su llegada, Balac le acompañó á una elevada montaña, desde cuya cima se descubría el ejército de Israel; al verlo Balaam, poseido del espíritu del Señor, púsose á bendecir el pueblo á quien debia maldecir, y dando principio á su profecía dijo: «Hé aquí lo que dice Balaam, «hijo de Beor; hé aquí lo que dice un hombre cuyos ojos están cerrados; hé aquí lo que dice el que oye las palabras de Dios, el que «conoce los consejos del Altísimo, el que presencia las visiones del «Todopoderoso: Le veré, pero no ahora; le consideraré, pero no de «cerca. *Una estrella saldrá de Jacob*, un vástago saldrá de Israel que «anonadará á los jefes de Moab; saldrá de Jacob un dominador que «echará á perder los restos de la ciudad.»

Una invariable tradicion, comun á los judíos y á los cristianos, y que data de tres mil quinientos años, ha reconocido siempre que Balaam designaba al Mesías, al decir: *Una estrella saldrá de Jacob, un vástago saldrá de Israel*. Los acentos del Profeta habian resonado en todo el Oriente; su recuerdo se habia perpetuado de generacion en generacion, y cuando apareció la estrella, los Magos iluminados por la tradicion y por la gracia se pusieron en camino para adorar al glorioso vástago de Israel ¹, al cual hallaron en Belen con su di-

¹ *Redencion del género humano*, pág. 80; *Biblia de Vence*, t. XX.—Si se pregunta cuál era la estrella que guió á los Magos hasta el lugar del nacimiento del Salvador, podria contestar que esta es otra de las cuestiones en las que los sabios prodigan inútilmente su tiempo y sus trabajos sin poder llegar jamás á una solucion satisfactoria. Sin embargo, como todo lo que se refiere á los

vina Madre, y al que ofrecieron oro, incienso y mirra. Fieles á la costumbre de los orientales que no se presentaban y que ni aun en el dia se presentan jamás delante de los reyes sin ofrecerles algun presente, los Magos depusieron á los piés del niño Jesús ofrendas llenas de misterios: con el oro reconocian su imperio y su dominio absoluto sobre el universo y el derecho que tenia á los tributos de todas las naciones; con el incienso su divinidad, pues el incienso es el emblema de la adoracion, del sacrificio, del aniquilamiento de la criatura delante de Dios, y con la mirra, empleada en los embalsamamientos, su santa humanidad ¹. En sus presentes debemos ver una leccion para nosotros, y ofrezcamos al Niño divino el oro de la caridad y de la obediencia absolutas, el incienso de nuestra oracion y de nuestra fe, y la mirra de la mortificacion y del desprendimiento de nosotros mismos, pues estas son las ofrendas que pide, y sin las cuales no podemos serle agradables.

Los Magos fueron las primicias del Gentilismo, y de su llegada á Belen data la nueva época de gracias y bendicion en que el Sol de verdad y de justicia inundó con sus rayos al universo entero; época para siempre memorable, cuyo recuerdo ha consagrado la Iglesia con la fiesta de la Epifanía.

III. Antigüedad de esta fiesta.—La fiesta de la Epifanía data de los primeros tiempos: á mediados del siglo iv era ya tan solemne, que, segun dice Amiano Marcelino, el emperador Juliano no se atrevió á dejar de asistir á ella; el Príncipe apóstata se encontraba en Viena el dia de la Epifanía del año 361, y creyóse obligado á asistir al oficio, temiendo revelar el designio que estaba meditando de re-

misterios de la santa Infancia es digno de nuestro interés, no será por demás manifestar las varias conjeturas que se han formado sobre la aparicion del milagroso astro. Nadie, á lo menos que yo sepa, ha dicho que fuese una estrella fija ni tampoco un cometa, cuyo lugar lo mismo que sus movimientos en el firmamento son bien conocidos; algunos han creído que Dios lo habia creado para esta circunstancia; otros, que un Ángel, revestido de un cuerpo brillante como una estrella, marchaba delante de los Magos para dirigir sus pasos, y finalmente muchos, y éstos son el mayor número, opinan que aquel signo celeste era un meteoro muy luminoso al cual un Ángel habia dado la forma de una estrella, y que suspendido en la region media del aire era dirigido por el de Oriente á Occidente, como en otro tiempo la columna de fuego que guió á los hijos de Israel al través del desierto. Sobre esto nada puede decirse con exactitud.

¹ Benedicto XIV, n. 21, 22.

nunciar á la religion cristiana ¹; algunos años despues sucedió lo mismo con el emperador Valente, el cual, si bien infestado de arrianismo, creyó que dejaria de ser considerado como un príncipe cristiano si no asistia al oficio divino de la Epifanía; y el inmenso concurso de pueblo, la profunda piedad de la asamblea, la magnificencia de las ceremonias, la majestad de san Basilio que celebraba el augusto sacrificio, causaron tal admiracion y terror á aquel príncipe hereje, sobre todo al verse excluido de la oblacion, que hubiese caido desvanecido, á no haberle sostenido uno de los ministros del altar ².

IV. Disposicion para esta fiesta.—Aunque muy solemne, la fiesta de la Epifanía no va precedida de ayuno porque es como la continuacion de la fiesta de Navidad, y la vigilia de Navidad es en cierto modo la vigilia de la Epifanía. En este día la Iglesia ostenta á nuestros ojos la pompa de sus decoraciones y los tesoros de su poesía; los acentos de los Profetas, la prosa, los himnos, los salmos de la tarde, todo se reune para cantar, con extraordinario entusiasmo, al Sol de justicia iluminando á las naciones todas envueltas en las tinieblas de la muerte. ¡Ah! si conociésemos el don de Dios, si reflexionamos sobre el estado en que se hallaban nuestros padres y en el cual nos hallaríamos nosotros todavía á no ser por el Evangelio, ¡con qué acendrado sentimiento de gratitud unirémos nuestra voz á la de la Iglesia, nuestro corazon á su corazon, nuestras preces á sus preces, para dar gracias á Aquel que se dignó mecer nuestra cuna en el seno del Cristianismo!

Y si estos recuerdos no bastan para conmovernos, volvamos la vista hácia tantas naciones infortunadas sujetas y envilecidas aun bajo el yugo de la idolatría. «Mirad, nos dicen, ved nuestra abyeccion, nuestra profunda miseria, nuestra barbarie, nuestros inhumanos sacrificios; lo que somos ahora, lo fuisteis vosotros antes, y lo seriais todavía sin el Cristianismo. Guardadlo cuidadosamente, puesto que lo poseeis; la Religion, que os libró de la barbarie, es el único lazo que os impide volver á ella.» Interroguemos tambien á las naciones que han perdido la fe: ¿Qué nos dicen esas costas de África antes tan florecientes, esa patria de los Agustines, de los Ciprianos y de los Tertulianos? ¿Qué nos dice el Asia Superior, la Gre-

¹ Lib. XXI.

² S. Greg. Naz. Orat. XX.

cia regada con el sudor de los santos Apóstoles? Allí se levantaban las fervientes iglesias de Antioquia, de Éfeso, de Corinto, de Tesalónica, y á su sombra vivia un pueblo ilustrado, dichoso y libre; ¿qué veis ahora en su lugar? ruinas y mas ruinas. La media luna ha reemplazado la cruz; la barbarie á la ciencia; la esclavitud á la libertad; á la alegría han sucedido las lágrimas, á la opulencia la miseria y el hambre; y de entre las ruinas de su antigua gloria aquellas naciones y ciudades nos gritan: «Pueblos de Europa, nosotras os precedimos en el camino de la civilizacion; nosotras gozamos de las primicias de la fe, y fuimos lo que vosotros sois, ilustradas y dichosas; guardad con cuidado lo que poseis, pues la Religion, que os libró de la barbarie, es el único lazo que os impide volver á ella.» ¡Ah! Dios mio, no sin razon rodeais á las naciones cristianas de un vasto círculo de pueblos idólatras ó sumidos en la barbarie; con semejante espectáculo á la vez triste y terrible queis instruirnos y hacernos agradecidos y fieles.

Hágannos volver en nosotros mismos tan graves lecciones; conmueva nuestro corazon la vista de tantas miserias, y sin limitarnos á una estéril compasion volemos al socorro de aquellos pueblos infelices; secunden nuestras limosnas el heróico celo de nuestros misioneros, y procuren á aquellos hombres, rescatados como nosotros con sangre divina, la felicidad de que gozamos quizás con demasiada indiferencia. ¿Quién sabe? Quizás solo á tal precio debemos entre nosotros la conservacion de la fe. Procurar la luz del Evangelio á los que se hallan sepultados en la sombra del error es, no lo dudeis, el verdadero medio de secundar el espíritu de la fiesta de la Epifanía y de celebrarla dignamente.

La conducta de los Magos es tambien un ejemplo que debemos imitar, manifestando igual fidelidad á la gracia; siempre que Dios nos habla, ya por órgano de sus ministros, ya por sus santas inspiraciones, ya por las revoluciones, las calamidades ó los beneficios, hace brillar una estrella en nuestro horizonte, y debemos considerarla un astro que nos llama á Dios. Sigámosle como los Magos siguieron á la estrella, pronta, generosa, pura y fielmente, y como ellos encontraremos á Jesucristo; y luego, despues de haber depuesto á sus piés el homenaje de nuestro corazon, volvámonos, tambien como ellos, por otro camino; evitemos, poseores como somos de Dios y de su gracia, el ver otra vez á los Herodes que quieren dar muerte

al Niño; estos Herodes, que todos conocemos, son los malos cristianos, cuyas palabras, ejemplos y sarcasmos tienden á arrebatarnos el tesoro de la inocencia.

La gratitud por nuestra vocacion á la fe, el celo para la propagacion del Evangelio, un sincero deseo de corresponder á la gracia, á fin de conformar en todo nuestras costumbres á nuestra creencia; tales son en general las disposiciones de que hemos de poseernos para celebrar dignamente la fiesta de la Epifanía.

V. Liturgia.—El oficio de este solemne día ofrece algunas particularidades dignas de ser observadas; en la misa, el presbítero ó el diácono despues de cantar el Evangelio se vuelve hácia el pueblo y le anuncia en estos términos el día de Pascua: «Vuestra caridad sabrá, hermanos míos, que por la misericordia de Dios y de «Jesucristo celebramos la Pascua del Señor el día... del mes de...» El origen de esta antiquísima costumbre es el siguiente: En el siglo II se fijó el día de Pascua para todas las iglesias de Oriente y de Occidente; mas no existia aun el calendario, y como los mas hábiles astrónomos residian en Alejandría de Egipto, ciudad de los sabios en aquel entonces, el Sumo Pontífice informaba á los metropolitanos de Occidente del día en que debian celebrar la Pascua, en vista de las tablas astronómicas que le remitia cada año el patriarca de aquella ciudad. En el concilio ó sínodo que se reunia anualmente, cada metropolitano indicaba el día de Pascua de aquel año; los obispos y presbíteros presentes lo anotaban, y durante las fiestas de Navidad lo anunciaban á sus respectivos pueblos, eligiendo para ello el día de la Epifanía, último día de las solemnidades de Navidad, y la última festividad antes de Pascua, á fin de que el pueblo reunido en mayor número tuviese noticia de la augusta solemnidad. En el día, la Iglesia católica conserva el anuncio de Pascua del mismo modo que el sabio conserva una preciosa medalla de la antigüedad.

En los Maitines de la Epifanía no hay invitatorio; en las grandes festividades el pueblo era convocado al oficio de la noche por medio del canto del invitatorio; mas cuando se abolieron las Vísperas para los fieles, y la primera de ellas fué la de la Epifanía, á causa de los abusos á que daban motivo, el obispo y su clero continuaron diciendo el oficio, si bien suprimiendo el invitatorio, que carecia ya de objeto; en las demás fiestas continuó diciéndose, por la razon de que el pueblo era todavía convocado al oficio de la noche, y final-

mente al suprimir éste enteramente, se conservó el invitatorio como un vestigio de la antigua costumbre ¹; de modo que la supresion del invitatorio en el oficio de la Epifanía, y su conservacion en las demás fiestas, es un doble monumento que recuerda toda la disciplina de la Iglesia en la celebracion de sus santas vigiliass.

Finalmente, en la fiesta de la Epifanía existe una circunstancia que, si bien profana en su origen, puede darnos lugar para ejercer la grande virtud del Cristianismo, la caridad. La torta de reyes, que reúne en una misma mesa á los parientes y á los vecinos ², es para ellos un motivo de concordia y de paz, y de compasion hácia los pobres. ¡Ah! ¿quién no se conmueve al recordar la costumbre conservada aun en nuestras antiguas familias cristianas, de hacer ante todo en la torta *real* la *parte de Dios*, es decir, la parte de los pobres? Presentada la inmensa torta al cura de la parroquia, el cual está aquel día en el número de los convidados, le ruegan que señale la parte de los pobres, encargándole que la haga muy grande; esta parte se pone á un lado, y si por casualidad el *haba* no se encuentra en las demás porciones servidas á los asistentes, entonces para tener el derecho de buscarla en la parte de los pobres es preciso rescatarla del párroco mediante una limosna para los necesitados y enfermos de la parroquia.

¡Bendita seas, Religion santa! tierna madre que permites á tus hijos inocentes placeres, al mismo tiempo que quieres que tomen parte en la fiesta todos los miembros de tu gran familia.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber llamado á los gentiles á la fe; iluminad á los infieles que no os conocen y á los herejes que os conocen ya, y haced que dóciles á la voz de la gracia merezcamos conservar la fe.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me asociaré á la Propagacion de la Fe.*

¹ Véase á Durand. *Ration.* lib. VII, c. 16; y Tomas. lib. II, c. 6; Conc. de Orleans en 541, y de Auxerre en 578.

² Semejante costumbre no existe en España.